

LECTURA Y LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL: REFLEXIONES DESDE EL AULA

*Mercedes Caballud Albiac**
*Carmen Carramiñana La Vega**

Pasamos todas las hojas de una revista especializada en literatura infantil y juvenil en la que de forma monográfica se recogen todos los premios que a escritores, ilustradores y editores se han concedido en 2003 en nuestro país y «tirando» por lo alto conocemos al 20% de las personas premiadas. Hay otro apartado en el que seleccionan cien libros, los que denominan «los mejores del año», descubrimos que una buena parte no la hemos leído.

Esto es una anécdota que sirve de excusa para iniciar el tema que nos ocupa, es decir, la literatura infantil y juvenil desde el punto de vista de los docentes, y plantearnos: ¿les pasa esto también a nuestros compañeros y compañeras de educación infantil, primaria y secundaria? No a todos seguramente: hay casos francamente encomiables a los que deberíamos mirar con detenimiento. Pero sí a algunos. Queremos que nuestros alumnos y alumnas sean estupendos lectores, lectoras autónomas; sin embargo, mirando hacia adentro descubrimos que no siempre se cumplen los deseos, tal vez sea porque a los docentes... nos pasan muchas cosas.

A los docentes nos dan el título de «maestros» o «profesores», pero nadie nos da el título de «lectores». ¿Les ha preocupado a los que nos han formado como futuros enseñantes que fuéramos o no lectores? A algunos sí y éstos son los que nos han dejado huella, pero era algo casi anecdótico,

* Profesora.

Las notas se ponían por exámenes de historia de la literatura o por comentarios y formalistas comentarios de texto, no por libros leídos ni tertulias realizadas ni por apasionarnos con Juliera, bajar a los infiernos con Dante, viajar con Max al país de los monstruos, dejarnos secuestrar por los Tres Bandidos o perdernos en los Campos de Castilla.

Por supuesto que hay maestras lectoras, viciosas incluso. Pero, ¿qué leemos? (no vamos entrar en este apartado que ahora nos desviaría un poco el asunto que nos ocupa). Desde luego la literatura infantil y juvenil no suele estar entre las lecturas cotidianas. Si lo está es como tema pedagógico-didáctico, no como verdadero asunto de lectura.

Tampoco nos dan el título de «críticos» en IJ. Con suerte algunas de nosotras elegimos en los estudios de magisterio o formación del profesorado una operativa que se denominaba Literatura Infantil (qué envía sana dan algunos de los actuales programas de las Facultades de Ciencias de la Educación!). Del papel que juega la literatura juvenil en las Facultades de Filología también tenemos alguna experiencia y pueden sentirse contentos los bosques, ya que pocos árboles se han talado para que los futuros profesores de Literatura en los IES tengan documentación sobre el tema. Y como no tenemos verdaderos criterios, o denigramos la literatura infantil y sobre todo juvenil, o vienen otros y «nos cuelean muchos libros». Libros de colecciones que quedan bien en las estanterías «porque a los niños les gusta identificar lo que leen» (os aseguro que lo hemos oído como excusa para que compráramos a determinada editorial) en función de que tienen el mismo tamaño, color, la numeración va seguida... ¡Cómo nos facilitarían las cosas a los maestros si además el autor y la ilustradora fueran los mismos de acuerdo con los colores! «nos los cuelean» con la excusa de que son libros que tratan los conflictos que viven los niños y niñas que integran los valores que debemos promover que sirven para todas las «transversales», para conocimiento del medio, historia...; «nos los cuelean» porque son divertidos, porque van escritos con minúsculas y mayúsculas a la vez («cosas que se les ocurren ahora a las maestras de infantil que enseñan con letra de palo», le hemos oído decir también a un amable vendedor), porque son fáciles de leer ya que la ilustración enseña justo lo mismo que dice el texto... Pocas veces nos ofrecen libros del *non sensu*, del absurdo, del compromiso, de las dobles o triples lecturas...

También «nos los cuelean» por las ilustraciones a todo color, preferentemente si aparecen el rojo, azul, amarillo y verde, colores fundamentales en la educación estética del alumnado desde la más tierna infancia. Y como además de no ser críticos literarios tampoco lo somos en estética, desechamos todo aquello que tenga que ver con el *collage*, el arte contemporáneo, lo abstracto, el surrealismo... porque eso es muy raro para los niños y niñas (¿no seremos las personas adultas las que no nos atrevemos con las diferentes tendencias estéticas?). Y descartamos verdaderas maravillas que abrirían nuestros ojos y los de nuestro alumnado al mundo del arte, de las sensaciones, de las múltiples visiones del mundo.

Si lo que nos ofrecen tiene que ver con aquello que «está en el ambiente del niño», es decir, todo lo que las multinacionales de lo audiovisual nos ofrecen, entonces hay pocas dudas, porque podemos tener libros, verlos luego en vídeo o DVD, buscar páginas en Internet, juguetes complementarios, videojuegos, camisetitas, calcetines, vasos, lapiceros, podemos hacer que los niños los pinten con los colores adecuados, decorar las clases y pasillos, disfrazarnos en carnaval... algún día también harán papel para ir al servicio, porque ya sabemos que es un lugar en el que se lee mucho. Aquí el éxito con la chiquillería (sobre todo de infantil y primaria) está asegurado, ¿cómo nos podemos negar a que todo esto entre en la escuela? Las familias además reforzarán nuestra tarea con los materiales que tienen en casa. Por otro lado, si el día es lluvioso estas películas de las grandes factorías que son versiones de cuentos populares son estupendas para el recreo y el tiempo de descanso del comedor, «se quedan en completo silencio», «son las únicas que quieren ver», llegamos a decir los docentes para justificar su presencia en nuestras escuelas.

Otro problema que vivimos los docentes tiene que ver con la cantidad de cosas que se publican, tantas que debemos hacer sesiones de taichí, relajación, meditación, autosesima, para convencernos de que no somos tontos, ni vagos, simplemente no lo podemos leer todo. (Recordemos lo que decía Samuel Alonso hace un año en Ballobar cuando presentó una guía de libros que se denominaba *10 de 10 más 3*. Plantaba con mucha gracia las cifras astronómicas de libros, 50 000 aprox., que hubiera necesario leer para hacer dicha guía, y calculaba el tiempo que le hubiera hecho falta de haberlo leído todo.)

El caso es que cuando llegamos al momento de seleccionar lo que se lee en las aulas puede suceder que nos fiemos más del comercial o de la librería de turno, que nos ofrece estos cuarenta libros (iguales) por un precio estúpido y además vendrá el escritor una horita a charlar con los niños, que del trabajo en grupo que deberíamos haber realizado entre el profesorado del colegio, del ciclo o del departamento, cuando menos; y con familias, bibliotecarios, librerías, etc., cuando más.

Nos pasan más cosas.

Para saber de LII y de todo, hace falta tiempo y esfuerzo. Y no siempre se encuentra, unas porque no se ve el interés, otras porque en las aulas hay que trabajar muchas cosas más.

Para saber de LII hay que saber de toda la literatura y de música, pintura, escultura, arquitectura... y que no podemos negar a nuestro alumnado el acercamiento a la poesía, no sólo a las rimas y retahílas a las que tan deditos somos toditos los maestrillos. Y que nos acordamos del teatro cuando hay que preparar una fiesta de navidad, fin de curso o convivencia del CRA. ¡Y es tan poco lo que podemos seleccionar!, y son tan pocos los recursos que tenemos para pasar un texto narrativo a su forma dramatizada...

No podemos oponer la LII a la literatura, es necesario sumar y no restar: todo lo bueno es literatura, no importa la edad a la que teóricamente vaya dirigida.

Es necesario revisar las metodologías con las que introducimos la literatura en las aulas: alejándonos del «examen del libro leído en casa por obligación» y acercándonos a las dinámicas de lectura compartida con el alumnado, a los ratos de tertulia, a las visitas a la biblioteca, a la lectura fuera del recinto escolar, al contagio... Es necesario revisar también el alejamiento que establecemos entre la lectura y la escritura, siendo esta última una «hermana» todavía más pobre en nuestras programaciones.

—> Nos engañan (o nos dejamos engañar) con los planes de fomento de la lectura institucionales y grandilocuentes y en vez de darnos a todos los centros educativos y a las bibliotecas públicas libros para leer y criterios para seleccionar y encuentros con autor y bibliotecarias para las escuelas y los pueblos y formación permanente y dotaciones económicas suficientes para mantener las bibliotecas... nos permiten presentarnos a premios en los que sólo los elegidos conseguirán el laurel de la victoria, nos envían

álbumes y diplomas para que premieemos a los niños y niñas que hayan leído más, saltándose los criterios de fomentar una escuela cooperativa, solidaria, participativa, diversa...

Muchas veces nos conformamos con actividades estupidas de animación a la lectura, el Día del Libro o cualquier otra fiesta relacionada.

Casi siempre los colegios y los institutos suelen vivir de espaldas a sus mejores aliados en estos temas: bibliotecas públicas y librerías. Con ellas se podría acceder a un mayor número de fondos en variados soportes, se facilitaría la formación de usuarios y otras muchas cosas. En las zonas rurales ni siquiera se puede vivir de espaldas, simplemente se vive en el vacío. Siempre hay que hacer el esfuerzo de ir a... Las bibliotecas suelen abrir, si las hay, después de cerrar la escuela; por lo tanto, para la relación de una parte y otra se deben hacer esfuerzos extras. Las librerías... ¿dónde? ¡Lástima que no se den tantas facilidades para acceder a los libros de ficción, ensayo, arte, biología, historia... como para los libros de texto!

La economía, cómo no hablar de ella: «¿un álbum ilustrado que nos cuesta 13, 15 euros? ¿Y con esos dibujos que parecen manchas negras y rojas? No. Las colecciones nos salen más baratas». No hay unas buenas dotaciones sobre los centros, sobre todo para los pequeños.

Debemos reconocer también que en general no tenemos hábitos ni medios para reflexionar sobre la práctica educativa en colegios e institutos y menos sobre la que se refiere a lo que hacemos para facilitar al acceso a la lectura y la escritura.

Pero miremos con ojos de esperanza a esos maestros, a esas profesoras que nos sirven de aliciente. También habría que mirar a algunas madres, a unos cuantos padres. Nos hacen ver que nuestra tarea en colegios e institutos sería diferente si tuviéramos en cuenta algunas prácticas. Habría que mirar también las legislaciones vigentes, descubrir que podemos hacer muchas cosas favorecidas por los programas institucionales o a pesar de ellos, como claras alternativas. Y no dejar de lado las experiencias que ya se están llevando a cabo en la formación del profesorado que también pueden servirnos de referencia. Miremos, declámos, con ojos atentos y veamos que

— Es necesario superar el didacticismo como único criterio para seleccionar los libros que ofrecemos a los niños y niñas.

Tenemos que descubrir un mundo más amplio en la LJJ que el que conocimos en nuestra infancia o en nuestros estudios universitarios.

Debemos valorar la LJJ, no debemos considerarlo un género menor, aunque tenemos que hacer un esfuerzo por seleccionar, por encontrar el grano y apartar la paja entre tanta oferta que en ocasiones sólo tiene un planteamiento economicista. Se la debemos ofrecer al alumnado al lado de la literatura que no tiene adjetivos. Pero para valorar hay que conocer, para conocer hay que leer.

La animación a la lectura debe ser algo cotidiano que se construye en las acciones diarias, continuadas, sencillas, del gota a gota de las estalactitas. Y que en determinados momentos se vive de forma especial.

Hay que transmitir a nuestro alumnado, a nuestros compañeros y compañeras, a las familias... que disfrutamos con la lectura, con la alegría gratuita del que vibra con los sentimientos de los otros (y que también ampliamos vocabulario, estructuramos nuestro pensamiento, mejoramos nuestra manera de hablar... y un montón de apreciaciones más que tanta gente se ha dedicado a identificar y clasificar).

También hay que disfrutar con la escritura. Lectura y escritura a ser posible unidas, como dos caras de la misma moneda.

Hay que descubrir que la lectura y la escritura son cosas de todos los adultos que están alrededor de niños y jóvenes. Hay que romper la idea de que la lectura y la escritura tienen que ver sólo con los maestros o departamentos de lengua y literatura.

Desde los centros educativos, y eso implica lo que hagamos con la LJJ, hay que dar a los niños y niñas alternativas diferentes a las que nos llegan de forma mayoritaria a través de las multinacionales y los medios de comunicación.

También tenemos que dar alternativas a los planes institucionales que en ocasiones son sólo parafernalia y gasto publicitario. Hay que conseguir que, cuando las personas que están en las instituciones y administraciones públicas decidan planificar programas (de lectura, de gratuidad de libros de texto, de...), escuchen a las familias, al profesorado, a bibliotecarias..., también al alumnado.

- Tenemos que conocer a los comerciales, a los librereros, a las personas que dirigen las editoriales, piezas clave en el proceso de edición de la literatura infantil y juvenil, para ofrecerles propuestas, debemos ser los docentes y las familias quienes tengamos claro lo que queremos hacer con los libros, la lectura y la escritura, es nuestra responsabilidad. Y vamos a pedirles que se acerquen a las escuelas, también a las de 5, 8, 15, 35 alumnos.
- Hay que favorecer el encuentro con librereros, editoras, escritores, ilustradoras, críticos, profesionales... Hay que escuchar múltiples voces.
- Se deben buscar complicidades con las bibliotecas públicas y las librerías cercanas para que dejen fondos a los centros educativos entre los que seleccionar.
- Disponemos de referencias en revistas especializadas, publicaciones variadas, instituciones de servicio público, Internet...

Veamos tres aspectos más:

Es necesario destacar la importancia de la formación del profesorado de infantil, primaria y secundaria. El tratamiento de la LIJ no puede seguir siendo algo operativo o negado. Sería importante que en los estudios de Biblioeconomía se destacara el papel de las bibliotecas escolares. Hay que iniciar o potenciar en nuestra provincia y comunidad autónoma lo que se hace en otros lugares: la reflexión sobre la práctica. Es necesario establecer cauces de colaboración entre el profesorado que está en las aulas y el profesorado de la universidad y otras personas que favorezcan la investigación.

Debe crecer entre los docentes y las familias el convencimiento de que si se viviera un proceso de educación literaria se marcarían tendencias de selección y de edición. Para ello se requiere un compromiso y un estado de constante inquietud por conocer y descubrir.

Entendemos que todas las tareas, iniciadas en unos casos, pendientes en otros, deben estar enmarcadas en el trabajo conjunto y continuado del profesorado, las familias, las bibliotecarias y otros agentes implicados. Y como docentes que somos, tener las escuelas, los institutos, con las puertas siempre abiertas a toda la comunidad.

Desde las administraciones se deben favorecer programas de bibliotecas (como los que se desarrollan en varias provincias, entre ellas Huesca)

en los que participen cuantas más instituciones mejor. Programas con donaciones económicas suficientes, con apoyo de bibliotecarios, abiertos a la participación de toda la comunidad educativa y a la colaboración con bibliotecas públicas y otros centros.

El recuerdo del artista Frans Krajcberg, de quien recientemente se ha clausurado una exposición en la Diputación Provincial, un hombre que vivió los horrores de la segunda guerra mundial y que lleva tiempo denunciando las atrocidades contra el medio ambiente y sus repercusiones en la humanidad, nos sirve como excusa para poner un punto y seguido a esta intervención. Recogemos una frase suya, «no hay compromiso sin rebeldía», y en esa línea proponemos que los centros educativos analicen la realidad no para reproducirla sino para dar alternativas, convencidos de que la tarea como educadores es serlo desde la crítica y la rebeldía, contribuyendo a que también lo sean nuestros alumnos y alumnas, como único camino para transformar el mundo en el tiempo que nos ha tocado vivir. Desde el compromiso, desde la rebeldía tendrán sentido los esfuerzos por «hacer» y por ser mejores lectores, más capaces escritoras, críticos certeros, investigadoras de pro...